**PSICOLOGÍA: IDEOLOGÍA Y CIENCIA 2020 DISCURSO DE XALAPA**

**Néstor Braunstein**

[15 septiembre, 2020](http://nestorbraunstein.com/?p=741)

**RESUMEN.**

Este extenso artículo Braunstein, fue escrito en ocasión al recibimiento del Doctorado Honoris Causa por parte de la Universidad Veracruzana, el evento tuvo que ser pospuesto por causa de la pandemia, no obstante Braunstein lo escribe y nos lo hace llegar planteando en esta primera parte, el vínculo de tal reconocimiento a su persona con el primer libro publicado a su llegada a México, Psicología: Ideología y Ciencia, su contexto histórico – epistemológico, así como la vigencia de su análisis crítico.

**Palabras clave:** Psicología, Ideología. Ciencia, Psicología cognitivo conductual, psicoanálisis, significante.

**PRIMERA PARTE.**

Como ya he comunicado en este blog la prestigiosa Universidad Veracruzana, con sede en Xalapa, Veracruz, México, me honró con la máxima distinción universitaria que he recibido en mi vida: el título de doctor Honoris Causa. Debía recibir el diploma correspondiente el 31 de marzo de este año. Como todos los actos públicos (y también los vuelos transatlánticos) hubo que cancelar los actos y debí renunciar a presentarme allí. De todos modos, preparé mi discurso de agradecimiento para pronunciarlo en esa fecha y complementarlo con una conferencia magistral que leería antes de la ceremonia. El tema elegido era el de mi máxima aspiración presente y futura; era también el momento de aclarar equívocos sobre mi trayectoria mostrando la necesidad de cambiar las tesis del libro que marcó mi presencia en México desde el momento mismo de mi llegada al país. No sé si la ceremonia finalmente tendrá lugar o no, dada la incertidumbre sobre la marcha de la pandemia y las regulaciones de actos públicos y vuelos intercontinentales. Con la complacencia de las autoridades de la universidad estoy habilitado para hacer público el contenido de esa larga exposición. He aquí el texto.

**Psicología: ideología y ciencia, 2020.**

Recibo emocionado este, para mí, sorpresivo homenaje del doctorado honoris causa otorgado por la Universidad Veracruzana\*. Lo recibo con humildad y gratitud, con la seguridad de que es la mayor distinción que se me ha conferido al cabo de una ya larga vida dedicada al psicoanálisis y a la enseñanza en facultades de psicología.

Trato de imaginar cómo o por qué he sido elegido para ello. Trato de “imaginar” es decir, conjeturo, sin saber si lo que diré es acertado o no.

Creo que esta recompensa deriva de un libro que terminé de armar el día antes de mi exilio a México (el 27de diciembre de 1974) junto con mi esposa y con mi hija de cinco años de edad. Un libro escrito con otros tres autores siempre presentes en mi memoria y con quienes quiero compartir simbólica e imaginariamente este honor. Cabe agregar, a modo de anécdota, que Frida, Clea y yo llegamos a México el 27 de diciembre y el 31 recibimos el nuevo año, 1975, en la hospitalaria casa en la colonia Condesa de uno de los hombres más íntegros y admirables que me fue dado conocer: el Dr. Rafael Velasco Fernández, veracruzano de prosapia y rector de esta universidad que hoy me recibe, en la que me siento nuevamente acogido por sus brazos, aunque él ya no pueda estar en persona con nosotros. Todos los miembros de su familia siguen presentes en mi recuerdo y también los chistes contados en aquella noche vieja en la que tuvimos el primer contacto con esa mirífica sustancia, tan sabrosa como el café de Coatepec, que es el humor jarocho.

Volvamos a ese libro iniciático de mi vida en México: se llamó **Psicología: ideología y ciencia (Ps:IyC)** y fue presentado con un elogioso prólogo escrito por la matriarca del psicoanálisis en América Latina, Marie Langer (1910-1987), nacida en Austria, psicoanalista, marxista y luchadora por la justicia social a quien también evoco hoy con profunda emoción. La primera edición está fechada en México en mayo de 1975; luego se sucedieron 27 ediciones más. Ahorraré, no sin lamentarlo, el recuerdo de los otros camaradas mexicanos que participaron en la confección y difusión de esa obra. El libro, con sus más de 400 páginas, llegó a ser un best seller con más de 80,000 ejemplares vendidos en todo el continente sin contar las múltiples copias totales y parciales ni las que circulan en internet. Tampoco hablaré mayormente de la ligazón del libro con mi historia personal y con la historia de la sociedad donde tuvo su origen: la levantisca ciudad de Córdoba, Argentina, en cuya Universidad Nacional fui docente, pasando por todos los grados académicos, desde 1959 a 1974. También en esa casa de estudios obtuve mi título de doctorado en medicina y cirugía en 1965.

Se me plantea ahora la difícil cuestión del método expositivo para esta conferencia que hace las veces de contribución y de magra retribución al homenaje que recibo de la Universidad Veracruzana. Sé de algo en lo que no quiero caer: dar a esta ponencia un sesgo autobiográfico, ese género que se presta a la complacencia narcisista, a todas las mascaradas y maquillajes (make ups, como es justo llamarlos, aunque sea fuera del ámbito de nuestra lengua). No es de mí de lo que habré de hablarles, desde una supuesta e inexistente “autenticidad”, sino de esa obra colectiva que, según estimo, debe ser criticada con rudeza y remplazada con urgencia por otra que retome su tema, la crítica de la psicología académica, cada día más rancia aunque se cubra con un tapizado nuevo, la que se enseña en las universidades, a la luz de nuevos paradigmas. De ahí el título de mi exposición: el mismo de la obra de hace 45 años, cuando la mayoría de ustedes no había nacido, y el que deberíamos escribir en los albores de la tercera década del siglo XXI. (Ps:IyC, 2020)

No a la autobiografía. Nadie se conoce a sí mismo; por eso existe el psicoanálisis. Soy el huésped de un saber que me supera y al que yo forzosamente falsifico en el momento de presentarme. El inconsciente, que no es mío sino por lo que ustedes registran y hacen con mis palabras, el inconsciente, les digo, sabe de mí hasta lo que yo ni siquiera sé que no sé. No es solo que, como Sócrates, sé que no sé nada. Sé que si creo saber me engaño y pretendo engañar a quien me escucha o lee. Es seguro que les mentiría tratando de ser honesto. Por eso les pido que hagan una lectura sintomal de mis enunciados, presten atención a mis lapsus, a mis trabas, a mi voz y cómo ella se modula en el acto de la enunciación. Analícenme siguiendo el hilo vocal de la sucesión de mis palabras.

Debo referirme al libro a partir de su origen: me designaron (en 1973) profesor en de una materia llamada “Introducción a la psicología”. Me pusieron, me impusieron los estudiantes, al frente de una cátedra encabezada por una noción: “psicología” cuyo contenido se me escapaba. Con los compañeros que firman el libro nos hicimos muchas preguntas: ¿Sabemos qué es la psicología? ¿Hay una definición de la misma? ¿Cuál es su historia? ¿Cuál es su lugar dentro de la universidad? ¿Para qué sirve? ¿Qué saben, qué deben saber, qué deben ignorar los psicólogos? ¿Es una profesión? ¿Qué relación guarda con las demás y con la cultura en general? Etcétera.

Muy particularmente nos preocupaba entender de qué se hablaba cuando se abordaban los “problemas psicológicos”: ¿Qué relación tiene ese título con los problemas de la medicina, la sociología, la biología, la política, la pedagogía, la antropología, la historia, la filosofía materialista y la idealista, con las “ciencias”, cada una en particular y todas en general, sean ellas de la naturaleza o de la cultura, según la división tradicional? ¿Es una ciencia y, si lo fuese, es ciencia social o natural?

Tropezábamos, para empezar, con la indefinición de los múltiples significantes que parecían sinónimos: mente, alma, espíritu, conciencia que se ponían en relación con otros conceptos vagos y confusos: conciencia, cerebro, conducta, personalidad, etc. Tuvimos que introducirnos y habitar una casa cuyos planos y ubicación desconocíamos en medio de un vocinglero laberinto de definiciones contradictorias.

Los alumnos argentinos de 1973 y 1974 recibieron con entusiasmo, en el clima altamente politizado de aquellos años, nuestras críticas al rival manifiesto: lo que llamamos la “psicología académica”. A partir de esa audacia teórica radical, por la boca de las autoridades parapoliciales de la dictadura, se nos dirigieron amenazas de muerte acusándonos de “agentes de la subversión ideológica” y nos vimos forzados a alejarnos del país, de la Argentina.

Podemos decir ahora que para bien (¿o para mal?), hablando a toro pasado, la obra fue trascendental en la transformación de las facultades de psicología en América Latina y de los contenidos de su enseñanza. Se la leyó como si fuese un fruto maduro cuando era apenas una semilla. Las celebraciones por el impacto de la obra comenzaron a partir de los 10 años: un hito de conmemoración en el tiempo de los calendarios. Llegamos ahora, cuesta creerlo, a los 45 años.

¿Qué queda de todo eso? Un prestigio tanto mayor cuanto más se ahondaba nuestra distancia respecto de la obra original. Se acumulan las huellas de una recepción entusiasta que tuvo, entre las primeras manifestaciones que quiero destacar hoy, la invitación a los autores para presentar el libro en Xalapa, a comienzos de 1976, por iniciativa de un estudiante de la Facultad aquí presente: el doctor y profesor Juan Capetillo.

Llegamos a Veracruz rodeados por un halo de fama que nos llevó luego a distintas partes del mundo, hasta China en el año 2000, una fama que estimábamos infundada, un halo de celebridad que nos forzó a escribir muchos volúmenes para tratar de poner en evidencia que ya no éramos aquellos a quienes se festinaba, a fundar instituciones para brindar tratamiento psicoanalítico a personas de escasos recursos económicos, a crear programas de enseñanza de la teoría psicoanalítica que se extendieron por estados y universidades de toda la república.

Nombres que no aparecían en Psicología: ideología y ciencia se volvieron estelares y reiterativos en esas nuevas obras: Lacan en primer lugar, pero también Nietzsche, Heidegger, Derrida, Foucault, Agamben, los psicoanalistas de diferentes latitudes que sobrevivieron a la muerte de Lacan en 1981, un acontecimiento que tuvo lugar hace ya casi 40 años, mientras redactaba un artículo sobre “la lingüistería y el lenguaje en la enseñanza de Lacan”.

Insistíamos en ser otros que los firmantes del libro, como queriendo hacer valer el lema de “Cambio, luego existo” frente a los que habían “aprendido” nuestro discurso y nos pedían con insistencia que siguiésemos siendo los mismos.

¿Persistiríamos por el mero gusto de la autocomplacencia como si el libro fuese una ropa que sintiésemos cómoda? ¡No! Nos quedaba claro que nuestro libro tenía una base incierta, se sostenía sobre un pedestal inestable inscripto en el título mismo: la oposición entre ciencia e ideología. Manejábamos una epistemología que ya, desde el principio, era obsoleta pues recogía las ideas de un Althusser que nos había fascinado con un artículo sensacional titulado “Freud y Lacan” (1964).

La razón de ese error, de esa malandanza, es consustancial con aquella fascinación: nuestra condición provinciana. En la Córdoba de los años ’70 padecíamos sin saberlo de un desconocimiento de lo que se producía en esos años, fundamentalmente en Francia, en la escuela de Lacan, leíamos con atraso las traducciones que nos iban llegando. Estábamos encantados con el método de crítica propuesto por Althusser y que aun hoy, para el nuevo libro de 2020, querríamos conservar pues será el eje de lo que sigue a continuación. ¿Qué método? El de la lectura sintomal aplicado por nosotros, como nadie en ninguna parte lo había hecho antes, a la psicología académica que debían rumiar nuestros estudiantes, los del continente entero, a lo largo de la carrera. Nos dedicamos a leer los textos como yo les pido que me escuchen: no para aprender sino para destacar los traspiés que aparecen en el discurso, que apliquen a este y a cualquier discurso la escucha que se espera de un psicoanalista.

Llegando a México nos impusimos, desde el momento inicial, desconstruir Ps:IyC, ejercer sobre nosotros mismos la lectura sintomal que aplicábamos a los demás “psicólogos”.

El método recomendado por Althusser consistía en escuchar el discurso teórico, en nuestro caso el de los psicólogos, atendiendo a las respuestas que se anticipan o que omiten las preguntas, a las explicaciones no pedidas, a una atención vigilante y descarnada a los lapsus, prejuicios y presupuestos retóricos de esa escritura que debía leerse, como casi todo lo que se da en la universidad, para que fuese aprendido, repetido y bien calificado en las evaluaciones y exámenes. Lo académico en sí, eso que Lacan llamó el “discurso de la universidad”, distinto del discurso del amo al que repite, del discurso de la histeria al que imita y del discurso del psicoanalista al que aborrece; también distinto, según un agregado posterior, al discurso capitalista.

He de volver sobre esa oposición maniquea de aquel entonces entre ciencia e ideología. Pueden reclamarme si no lo hago y muy pronto.

¿Para qué servía eso que se enseñaba con muchos matices a todo lo ancho del mundo como “ciencia psicológica” o, como decía uno de sus pioneros norteamericanos, William James, en 1890, esa “ciencia de la vida mental”? ¿Por qué la psicología era, en el medio de la universidad de los años ’70, una carrera de moda y porqué esa moda pasó luego a ser la carrera de comunicación y más tarde la primacía se corrió a las distintas variantes de estudios de finanzas, ciencias económicas y de administración? ¿Éramos capaces nosotros, los “profesores” de psicología, de responder a la pregunta: “¿Qué es la psicología”?

Vimos de inmediato que el singular mismo de la palabra psicología, como si fuese una, era ya un disfraz que ocultaba la multiplicidad de las escuelas, objetos de estudio y tendencias, que cada uno de los autores tenía su propia idea que culminaba en la confesión expresa de uno de ellos, un muy afamado autor (según supimos después de su muerte en 2012, George A. Miller) al que enaltecimos con un epígrafe:

“La psicología es, dicho sea, con franqueza, prácticamente cualquier cosa que ustedes quieran que sea. En un último análisis, la psicología consiste en cualquiera de las definiciones que un autor, ustedes, yo o cualquier otro, deseen aplicarle”.

En síntesis, una definición intachable: la psicología es “cualquier cosa”. En consecuencia, no había una psicología, la psicología; había muchas, tantas como autores. Fue lo que dijimos y para entonces ya era evidente. En ese caleidoscopio de la vida mental competían diferentes psicologías nacionales, a veces con ferocidad. Eran los tiempos de la guerra fría; cada país tenía su psicología con su propia historia: en los Estados Unidos, el conductismo watsoniano luego skinneriano, en la Unión Soviética, la reflexología, en Inglaterra el empirismo y el asociacionismo, en Alemania el gestaltismo y el análisis existencial, en Suiza, la epistemología genética de Piaget, en Francia, una psicología experimental mezclada con grados variables de psicoanálisis, en la Argentina tratando, como siempre, de aderezar todo lo extranjero en un intento de no perderse nada, se mezclaban de manera variable, el conductismo watsoniano, el gestaltismo alemán y el psicoanálisis en un engendro llamado “psicología de la conducta”. En México predominaba la psicología distribuida por la facultad de medicina de la UNAM en manos de “psicoanalistas” discípulos de Erich Fromm que desnaturalizaban, abusando de sus nombres, las obras de Marx y de Freud.

Aquí, entre nosotros, en la universidad mexicana, el psicoanálisis estaba presente como interlocutor imaginario pero, hay que destacarlo, se le mantenía aislado en el campo de la medicina y de la psiquiatría, excluyendo a los profesionales que, con el título de psicólogos, eran considerados como paramédicos, auxiliares destinados a la administración de pruebas psicológicas, algunas supuestamente basadas en el inconsciente descubierto por Freud: las llamadas pruebas proyectivas, hoy bastante olvidadas: el Rorscharch, el TAT. Ofrecía la Universidad Nacional posgrados en distintas “ramas” de la psicología: clínica, educativa, social, industrial, etc.

Para nosotros, para los cuatro autores del libro en cuestión: ¿qué era la psicología? Un campo de convergencia y a veces de conflicto, entre nuestros intereses: la medicina interna en la que algunos nos formamos, el psicoanálisis personal que nos apasionaba, la política en la que entramos a participar desde muy jóvenes, la literatura que permitía satisfacer nuestra curiosidad por los fenómenos de la imaginación en sus formas narrativas incluyendo el cine y el teatro. Nuestras preguntas eran: ¿Cómo vive y cómo piensa la gente? ¿Cómo se forma el sujeto y qué hace con sus emociones placenteras y dolorosas? ¿Existe la enfermedad mental? ¿Qué es eso? ¿Cómo se llega a ser loco y qué se hace una vez que el psiquiatra diagnostica la psicosis? ¿Qué clase de alternativa existe para ese caos de los “trastornos mentales” y qué ofrece el psicoanálisis para organizar el campo de voces desafinadas con el concepto de inconsciente, debatido también entre distintas “corrientes”, como si el psicoanálisis fuese “corriente” y no una práctica definida por su objeto, su método y su técnica?.

En ese ambiente fue donde comenzamos, aun en Córdoba, nuestra formación como analistas. No eran épocas tranquilas las que siguieron al mayo de 1968. El psicoanálisis era el escenario de una guerra civil, un campo de duras batallas por motivos institucionales y políticos: la IPA, tal como la dejó Freud al morir, se enfrentaba a varios movimientos disidentes por motivos ideológicos, prácticos y políticos. Estaban fundamentalmente los que aceptaban la formación tradicional, burocrática y reglamentada de acceso a la formación y ejercicio del psicoanálisis, dominante en los Estados Unidos, en la que solo los médicos, contrariamente a la tajante posición de Freud, estaban habilitados para el ejercicio profesional y los que, ligados a la antipsiquiatría inglesa y a la inclusión de las distintas ciencias humanas y sociales, se oponían a ella y abrían el campo a los filósofos, los lingüistas, los psicólogos y hasta a gente sin títulos universitarios. Ese era el ambiente cuando llegamos a México, el país donde Tomás Segovia había publicado ya la primera traducción, parcial, en la editorial Siglo XXI de la obra escrita de Lacan (México, Siglo XXI, 1972).

Psicología: ideología y ciencia era, para los cuatro autores firmantes, el zipper que cerraba nuestro periodo prelacaniano a partir del cual nos encaminamos, decididamente, con compañeros mexicanos y argentinos **Hacia Lacan**. Un libro con ese título, el primero en México que se abocaba a Lacan, apareció con mi firma en 1980 (editorial Siglo XXI)

Con el viento de cola que empujaba nuestras alas, trabajamos en instituciones de salud mental en México, extendimos, con los nombres que ya mencioné, el campo de nuestras referencias y nuestros referentes teóricos y prácticos, estudiamos y aceptamos nuevas perspectivas en diferentes grupos variablemente institucionalizados, dimos cursos en las universidades, chocamos con el establishment psiquiátrico por impugnar – y estuvimos entre los primeros en el mundo –, ya en 1976, la clasificación psiquiátrica de las “enfermedades mentales” lo que llevó a mi exclusión (perdonen que recaiga en un dato autobiográfico) de la Asociación Mexicana de Psiquiatría a la que había ingresado, cuando Rafael Velasco Fernández era el presidente; él me honró designándome como médico en la Secretaría de Salud Pública donde ocupaba el cargo de Director de Salud Mental.

Nuestra lucha en México tuvo que darse, por lo tanto, contra las autoridades de la psiquiatría mexicana desde las propias instituciones que estaban bajo la égida del zar Ramón de la Fuente, una vez que este eminente veracruzano, el Dr. Velasco Fernández, pasó a ser director de la ANUIES y más tarde subsecretario de Educación Superior, cargos que desempeñó siempre con honor y con cuya amistad éramos honrados.

Nos encaminamos así — y es el título de un libro que ya mencioné, muchas veces reeditado– “**Hacia Lacan. Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis**”. Subrayábamos nuestra vocación: continuar el trabajo iniciado en Córdoba para brindar atención psicoanalítica a personas de escasos recursos económicos (siguiendo modelos vigentes en hospitales psiquiátricos de Buenos Aires) y propender a la formación de nuevos psicoanalistas con una orientación diferente a la que imperaba en las instituciones que pretendían que el psicoanálisis era una “marca registrada” de la cual ellos tenían la franquicia. La aun existente IPA: Asociación Internacional de Psicoanálisis, que Lacan rebautizó como “Sociedad de Ayuda Mutua contra el Discurso Analítico” y que se opuso de manera oficial, presionando a funcionarios de la Secretaría de Educación Pública, a que usásemos la palabra “psicoanálisis” en nuestras instituciones y en nuestros cursos.

Con la discontinuidad impuesta por el exilio, con alguna deserción en el camino por incidencias que no tiene sentido evocar aquí, con la colaboración de entusiastas psicoanalistas jóvenes mexicanos que siguen siendo nuestros mejores amigos en toda la república, también fuera de ella, anduvimos por nuestro camino. Pasamos del “equipo de psicopatología” del Hospital de Clínicas en Córdoba a las cátedras de grado y posgrado en la UNAM, a la Fundación Mexicana de Psicoanálisis (1980) que fue la primera institución lacaniana en México, al Centro de Estudios e Investigaciones Psicoanalíticas (CIEP, 1982) que continuó sus actividades hasta 2003 y por donde pasaron centenares de psicoanalistas, de estudiantes y de estudiosos. entre los cuales quiero destacar hoy a esos eximios maestros de la Universidad Veracruzana, además de Juan Capetillo, a quien ya mencioné, a los aquí presentes América Espinosa y Ricardo García Valdez que me han alentado hasta alcanzar esta máxima distinción que hoy recibo con agradecimiento perdurable.

Nos fuimos integrando con todos los grupos interesados en la enseñanza de Lacan en México y promovimos la presencia en México de destacados colegas de Francia, Estados Unidos, Bélgica, Alemania, Argentina y Eslovenia. Llega a mi memoria en este momento una avalancha de nombres de maestros, camaradas y colegas a los que me place evocar cuando me toca ser objeto de entrevistas, ensayos, libros polémicos sobre el psicoanálisis y su historia en México y en América Latina.

Volvamos a nuestro tema antes de recaer, como siento la amenaza, en las emboscadas de la autobiografía. ¿Qué queda de **Psicología: ideología y ciencia**tras esa trayectoria que aquí resumo? Todo y nada, pues nada es hoy como era entonces; ni la casa, ni la calle ni el río por donde ahora navegamos, el de la web. ¿Qué cambió en nosotros, qué en la psicología académica que habíamos tomado como blanco de nuestras invectivas? ¡Todo! Justamente por eso es que habría que escribir un nuevo libro, con las mismas metas y objetivos, adjuntando en el título la fecha de este año virulento: **2020**. Para ello habría que volver a reunir un grupo de estudiosos al corriente de los nuevos tiempos y hábiles en la lectura sintomal de las obras esenciales que, por lo general, tardan años en ser traducidas al español. Ese monolingüismo, confesemos desde ya, fue una de las causas por las cuales nuestra obra, tan polémica, fuese ya vetusta, anacrónica, pecaminosa, desde los tiempos iniciales de su siembra en Córdoba y de su trasplante a México.

Cambió el psicoanálisis, con la refundación lacaniana a partir de los dolores del parto freudiano, por la irrupción de una nueva enseñanza que se renovó sin cesar hasta 1980. ¿Y hoy, 40 años después de su muerte? Para decirlo rápido: en nuestros días el psicoanálisis no se reconoce por su referencia al Edipo (shibboleth, marca distintiva patognomónica según Freud). El psicoanálisis de hoy es postedípico y hasta antiedípico. Lacan abrió el camino y sus discípulos díscolos, Deleuze y Guattari, lo desbrozaron. Lacan, hace ya 50 años, antes aun de nuestra publicación, había pasado del estructuralismo lingüístico al postestructuralismo lingüistérico… y nosotros, con culposa soberbia, ni sabíamos de las profundas transformaciones que sacudían las raíces filosóficas y clínicas del psicoanálisis que pregonábamos.

Cambió también el materialismo histórico, la otra base de nuestro engendro; cambió por el fiasco que fue la revolución soviética, con el fracaso que culminó con la caída del muro de Berlín y que ya en los años ‘70 se enfrentaba, incluso entre nosotros mismos, en medio de contradicciones que nunca se acabaron de aclarar, a las distintas tribus de socialdemócratas, comunistas, leninistas, stalinistas, trotskistas, maoístas, guevaristas. Cambió al reconocer la arrogancia de proponerse como la ciencia de la verdad histórica capaz de predecir y producir un mundo futuro sin clases sociales en el cual el Estado sería abolido después de un necesario período de “dictadura del proletariado” que justificaba el despotismo de Moscú.

El más importante y el más demoledor de estos cambios resultó ser el que transformó a la economía política, con sus diversas corrientes, hasta llegar al actual dominio global del “discurso de los mercados” que culmina en la hegemonía monopólica del pensamiento neoliberal encarnado y puesto en acto por la maquinaria de las grandes corporaciones trasnacionales, ubicuas, inamovibles, incluso en naciones que siguen agitando banderas rojas como la china.

Cambió también la idea de ciencia. Ahora se entiende por tal una forma del saber que puede prescindir de cualquier teoría y es cada vez más un derivado de los desarrollos tecnológicos, al margen de todo objeto formal y abstracto y de la producción de esas rupturas epistemológicas conceptuales, tan alabadas por nosotros, que permitirían pensar lo real más allá de las apariencias, según lo sostenido con mucha convicción desde el capítulo 1 de Psicología: ideología y ciencia (“¿Cómo se constituye una ciencia?”).

Confiábamos en la razón para desterrar las sombras de la ideología del modo de producción capitalista y no entendíamos la oposición, de origen heideggeriano, entre el pensamiento y el cálculo. Esa oposición que últimamente me atreví a presentar como un aforismo:

“El pensamiento puede pensar el cálculo, pero el cálculo no puede calcular el pensamiento”.

En el mundo de las “tecnociencias”, que configuran nuestro hábitat, o sea, el mundo en que vivimos, el pensamiento es inesencial y puede que perturbador. Hay un trasfondo de ansiedad en torno a la marcha de las cosas en todos los órdenes. Lo fundamental para conocer este mundo se obtiene mediante el cálculo digitalizado. De su manejo se encargan las computadoras, todas ellas unidas en una red antes inconcebible, como no fuese para la imaginación de Jorge Luis Borges (cf. “La biblioteca de Babel”), infalible, sin eslabones débiles, sin inconsciente. En la red estratosférica se suman e integran todas las respuestas cuantificadas, “objetivas”. Nuestras computadoras personales y las de las universidades y los ejércitos del mundo entero son capaces de establecer correlaciones y hasta de formular predicciones sin que nadie se pare a pensar qué significan esos resultados en medio de un diluvio de datos y metadatos que se acumulan hasta el infinito en una memoria universal, guardada para siempre en redes satelitales que copulan y se fecundan de manera obscena, sin cesar, en la tecnosfera, creando una nueva realidad para la especie humana, la del llamado “antropoceno”, la así proclamada era geológica inédita de la tierra en tanto y en cuanto ha sido transformado por la actividad humana. Más allá de las fachadas democráticas lo que impera es una “gobernamentalidad algorítmica”, inmortal, epifenómeno del cálculo, que se encarga de generar las leyes y disposiciones que rigen la vida de los mortales. Un nutriente del fantasma de que “todo es posible”, si no ahora, mañana; que se podrá vivir en una perpetua satisfacción sin tener que renunciar al goce irrestricto de la Cosa. Un régimen que parece inmune a los propios virus genocidas que él mismo genera.

La historia en la que estamos incluidos está dominada por la actividad, esta sí, no calculada, de una “inteligencia artificial”, carente de metas y objetivos pero capaz de transformar el mundo en los aspectos físicos del planeta, ecológicos de las especies vivientes y del clima, sociopolíticos de las masas y de las naciones, subjetivos en los usuarios de estos medios profundamente a-dictivos (en un doble sentido: adictivos y supresores de cualquier dicción), cumpliendo con el programa aparentemente impersonal de “cambiar la mente de las personas”.

Volviendo a nuestra “psicología académica”: asistimos a la rauda disolución de esas fronteras nacionales que mencionábamos en el libro. La economía y la política se han globalizado; también hubo, sin que nadie así lo percibiese, una globalización del saber psicológico.

En nuestro libro del ’75 nos concentrábamos y nos centrábamos en disecar las psicologías académicas divididas, básicamente, en torno a dos objetos de estudio no formales, no abstractos, empíricos, por eso mismo criticados, que eran la conducta y la conciencia. Esas dos confusas nociones que tanto y tan correctamente impugnábamos en 1975, están ahora íntimamente soldadas, fusionadas, en una sola psicología que ha cambiado esos sustantivos, “conducta y conciencia”, por un solo adjetivo que los reúne: “**cognitivo-conductual**”. Hay una sola psicología académica, global, que es la psicología cognitivo conductual (“Ps C-C”). Se pretende con ella acabar con las disquisiciones teóricas y filosóficas acerca de la subjetividad.

Ese único rótulo se presta a una infinidad de variedades de aplicación profesional: la Ps C-C es la que hacen, la que enseñan y la que aprenden los estudiantes e investigadores de nuestra época dominada por los mercados financieros, por los flujos de capital que no tienen respaldo material, que son tan solo asientos contables. Esos números están inscritos, a su vez, en los objetos industriales que circulan por el mundo como mercancías necesarias para adaptarse al ritmo vertiginoso de nuestros días. Somos los servomecanismos de los gadgets que usamos, objetos que nos prestan servicios y a la vez nos controlan en el tiempo y el espacio. La nuestra es una “servidumbre voluntaria”; estamos sobornados, todos, por los beneficios que extraemos de nuestros amos cibernéticos. Se pretende que seamos cyborgs, sometidos a infrangibles “manuales del usuario” sin los cuales no somos nada. “Consumo, me consumo, luego existo”.

El tiempo de Ps:IyC, 1975, era el que ya entonces Foucault calificaba de “sociedades disciplinarias”, de vigilar y castigar. Nosotros mostrábamos, siguiendo a Althusser, la dominación de los sujetos, sujetados por los “aparatos ideológicos del estado”, la escuela en primer lugar, antes que ella cediese la primacía a los medios de comunicación de masas. A aquella época en la que redactamos Ps:IyC le siguió una nueva, la que luego Gilles Deleuze señaló, de manera visionaria, como un pasado que se iba desvaneciendo, que dejaba de estar presente y daba paso a un nuevo tipo de sociedades, las “sociedades de control”. En nuestra sociedad actual el sujeto no es vigilado por el ojo de un vigilante sentado en un panóptico, ubicado en el centro de la prisión, sino que es controlado por los aparatos mismos que lleva pegados al cuerpo; ellos son el equivalente de ese dios al que nada ni nadie se escapa pues lo mira desde el cielo donde giran los satélites que evalúan y observan la vida de cada uno de nosotros, incluyendo lo que consideramos más íntimo y ligado a las funciones de nuestro cuerpo captado por sensores implantados por vías telemáticas (el “internet de las cosas”). El ser hablante no es el espectador de lo que sucede en el mundo, sino el espectáculo visto desde todas partes por equipos de registro de sus datos, de sus actividades, de sus gustos y preferencias. No ve el mundo como un espectador en el teatro, sino que él es el espectáculo que está siendo visto por las cámaras que lo siguen y lo registran.

Esa nueva psicología unificada, al servicio de los aparatos cibernéticos de control, sin fronteras nacionales, reniega, con su fusión, de la tradicional oposición entre conciencia y conducta. Hoy, eso que llaman “cognitivo” parece referirse más a lo “subjetivo”, a la esfera del pensamiento de la psicología experimental del siglo XIX mientras que se llama “conductual” se ocuparía más de lo “objetivo”, Ambas esferas son investigadas por medio de dispositivos de inteligencia artificial interconectados, de modo que cada uno de ellos comparte la información con todos los otros en una red de amplitud global, la World Wide Web, las benditas computadoras que en Europa bien se llaman “ordenadores”.

La Ps C-C se halla, a su vez supeditada, en la teoría, a un núcleo, una central de operaciones, un órgano anatómico del que siempre se habló pero que no había modos de explorar: el cerebro, considerado previamente como una “caja negra” inaccesible. En verdad no es mucho lo que se sabe sobre el modo de funcionar de este órgano aunque es lógico pensar que la “neurociencia” habrá de producir muchos insólitos e impredecibles resultados de los que, por ahora, estamos a la espera. Lo que sí sabemos es que sus antenas están orientadas en dirección a esa www, por una parte, y a las informaciones que proceden del cuerpo, por otra. Es el centro donde ambas fuentes de datos convergen, se conectan e interpenetran.

La idea central de la nueva psicología y el objetivo manifiesto que se plantea tiene un nombre que define su programa: es el **reduccionismo**, la esperanza de que todo lo que por ahora es misterio y se expresa por medio de esas palabras que con torpeza podíamos definir: “conciencia”, “mente”, “psiquismo”, “yo”, “self”, etc. será en un futuro cognoscible y se podrá “reducir” al conocimiento objetivo de lo que sucede en el cerebro, concretamente al funcionamiento de los miles de millones de neuronas y los trillones de sinapsis interconectadas en lo que se da en llamar el “cableado cerebral” o, incluso el “conectoma”, un proyecto que se propone mapear los 80 millones de neuronas con sus 80 mil millones de sinapsis. (2005, Cf. Wikipedia).

Eso permite leer afirmaciones tajantemente proclamadas de reputados científicos y filósofos: tópicos, perogrulladas, hipótesis improbables y estériles. Les propongo un ejemplo fresco salido de la pluma de un autor al que habremos de regresar: “El aprendizaje modifica las conexiones neuronales”. (Alain Ehrenberg, **La mécanique des passions**, 2018, p. 307). ¿Falso? ¡No! Seguro que algo cambia en la circulación de la información cuando se aprende algo que, eso sí, puede ser “información” verdadera, falsa o ninguna de las dos cosas. Seguro también que ese algo que cambia está en relación con eso que la psicología empírica ha llamado memoria. Cambia sí, pero: ¿Cómo, ¿qué, cuáles conexiones neuronales, en qué sentido, para qué? Ahí es donde tropieza la neurociencia cuando se propone como fundamento de esta nueva psicología. No hay forma de pasar de los chapoteos y mapeos neuronales a los contenidos de los mismos y a lo que ellos representan para el sujeto en el cual se producen. Ha quedado excluida la significación personal, la incidencia subjetiva, de todas esas informaciones sobre el cuerpo y el mundo exterior que el cerebro recibe y procesa.

Los neurocientíficos se enredan en los propios laberintos que ellos crean, como, por ejemplo, cuando se devanan esos cerebros ante la opción de si debemos considerar al hombre como ser social o al hombre como ser neural. ¡Como si se pudiesen disociar! La respuesta debe buscarse en la topología, en una geometría del espacio, de los lugares: hay una topología que es anatómica, la del “cableado” (wiring) y otra que es la topología de las relaciones entre los seres sociales, el uno y el otro, donde priman las transferencias en un medio lenguajero del cual el cerebro es el instrumento, pero no el agente. No hay modo de pasar de las conexiones neuronales a las conexiones sociales. Son dos topologías incompatibles. Las conexiones entre los seres hablantes no son sinápticas.

Es como preguntarse si la mesa es la madera de la que está hecha o si es el mueble diseñado para una actividad humana. Sin la madera, la mesa no existiría, sea. ¿Cuál es su causa? Aristóteles distinguía en toda obra humana cuatro formas de la causa: formal, material, eficiente y final. La causa resultaba de la manera de conjuntarse las cuatro. El cerebro humano actúa en el leñador, en el diseñador, en el carpintero, en el usuario y en el discurso que habla de la mesa sin sentarse a comer en ella. Pero la suma total de todos esos cerebros no nos dice nada sobre el objeto que nos sirve de tema. La mesa. ¿Lame esa? El equívoco surge siempre, por el mismo hecho de hablar. Y el equívoco no se explica sumergiéndose en la barahúnda y en los intríngulis del conectoma.

La Ps C-C se desarrolla impetuosamente hoy bajo la sombrilla de una pro-mesa siempre postergada para otro día: que el cerebro explique la mente y cómo funciona, así como las maneras de modificarlo al servicio de objetivos que son los ya denunciados de la vieja psicología académica: dominar, controlar, manipular el comportamiento y la conciencia del sujeto-soporte de las prácticas económicas y políticas o, lo que viene a ser lo mismo, el sujeto-soporte del i-Phone que cree manipularlo cuando es él el manipulado.

¿Tienen porvenir las neurociencias y el estudio científico del cerebro? Indudablemente. Como en todos los campos del saber y quizás en este más que en ningún otro, hay lugar para descubrimientos y desarrollos que tendrán efectos sobre los seres humanos, cada uno con su cerebro susceptible de recibir influencias físicas, químicas, sociopolíticas. Nada ni nadie debería oponerse al programa reduccionista, cosa que sería absurda, como absurdo era el movimiento de quienes se oponían a la industrialización destruyendo las máquinas. Aun afrontando justas objeciones desde el campo de la ética (“¿Quiénes somos nosotros, los científicos, para decidir intervenir y en qué sentido sobre el funcionamiento “mental” de nuestros congéneres”?) el saber de las neurociencias seguirá aumentando (no decimos “progresando”) permitiéndose atravesar incontables fronteras, superando limitaciones, pero no rebasando cierto límite infrangible entre lo subjetivo y lo fisiológico.

Eso si tengo que confesarlo: me deja perplejo la confianza del neurocientífico en su proyecto reduccionista. Argumenta él que, si bien por ahora “no podemos” explicar de qué modos actúa el cerebro como soporte de la subjetividad, “estamos seguros” de que oportunamente, con el desarrollo de nuevas y más poderosas maneras de investigar las neuronas y sus sinapsis llegaremos a saber. Explicaremos el arte (Eric Kandel, 2016) o la significación de los sueños, o el sentido de nuestros recuerdos mediante nuevos métodos de exploración del cerebro. Alcanzar ese codiciado saber es solo una cuestión del tiempo necesario para superar ciertas limitaciones, pero nunca tropezaremos con la imposibilidad de rebasar ese límite infranqueable.

Actúan ellos como el Juanito de Freud al ver que bañaban a su hermanita, una bebé, y observó que no tenía un pirrín (Wiwimacher) para hacer pipí como el suyo; entonces exclamó, a modo de consuelo: “Todavía es chiquito, pero ya, cuando crezca, se le hará más grande”. Así, la neurociencia confía en que cuando crezca el saber, la brecha epistemológica que hay entre el cerebro y la subjetividad acabará por desaparecer. Que, rebasando limitaciones se podrá abolir el límite. Como si la incapacidad de saber por medio de aparatos sobre la subjetividad del ser hablante pudiese resolverse con un aumento cuantitativo del saber sobre el órgano encefálico que posibilita su existencia.

La idea que gobierna ese pensamiento duro de la psicología académica organicista de nuestro tiempo tiene un nombre: reduccionismo. Su objetivo, su programa, su deseo, es claro y explícito: hacer que lo mental, espiritual, personal, subjetivo, psíquico, que todo ese arsenal de palabras clásicas y mal o nunca definidas acabe por ser reducida al saber sobre el órgano clave que es el cerebro. ¿El cerebro? El cerebro es un tejido complejo ubicado en el interior del cráneo; poco más de un dm3, un litro o kilogramo de sustancia blanduzca. Subrayo esta obviedad para plantear la cuestión en los términos más propios del materialismo vulgar: el cerebro, como todo órgano anatómico, es un espacio. ¿Es en ese espacio donde se producen o donde se encuentran el self o la mente? ¿O es en otro espacio, el que hay entre el cuerpo de uno y el cuerpo de otro donde ella tiene su lugar? Es, insisto, la cuestión topológica del espacio de la experiencia. ¿Dónde está el mensaje? ¿Qué dice algo, a quién, qué significa y cuáles son sus consecuencias? Un asunto de topología, de topologías encontradas … y perdidas en espacios inconmensurables: el intracraneano y el interpersonal.

Hay un modelo que viene al caso y lo encontramos desde los comienzos de la enseñanza de Lacan, cuando hizo un análisis estructural del cuento de Edgar Allan Poe y dedicó a esa obra de ficción el seminario sobre “La carta robada”. Les recuerdo la trama que muchos de ustedes ya conocen: la reina (obligada a guardar lealtad al rey) recibe una carta comprometedora de la que nunca llegamos a saber el contenido, solo sabemos que esa carta, diga lo que diga, debe ser ocultada a cualquier mirada indiscreta pues le da poder político y permite maniobras chicaneras a quien la tenga en sus manos. El ministro del interior sabe dónde está la carta, en el tocador de la reina y la sustrae con desparpajo ante los ojos mismos de Su majestad; ella no puede impedirlo sin delatarse; el ministro lleva la carta a su propio despacho y allí la esconde. El poder que la carta confiere está en sus manos; con ella puede chantajear a la reina. La “primera dama” llama, desesperada, en su auxilio, al jefe de policía y le encarga que la recupere. El prefecto hace todo lo que puede esperarse de un policía: entra de noche con sus secuaces en la oficina del ministro y registra minuciosamente, como si tuviese un equipo de resonancia magnética, todo el espacio comprendido entre las paredes del despacho: usa lentes de gran aumento, busca debajo de alfombras y cortinas, clava agujas en los cojines para ver si hay objetos ocultos allí. La carta está ahí, seguramente, siempre al alcance del ministro, pero sigue sin aparecer, sigue en manos de ese político intrigante que la birló ante la mirada de la reina. El policía, desesperado, pide la ayuda de un detective, Dupin, un sagaz antepasado de Sherlock Holmes, que entiende porqué ha venido fracasando el jefe de policía con sus métodos exhaustivos de pesquisa: se ha equivocado al buscar un escondite cuando lo que puede escapar a la mirada de sus agentes es que la carta podría no estar oculta sino a la vista de todos. Pide una descripción precisa del sobre donde está la carta, visita al ministro; la descubre al alcance de cualquiera, sobre la chimenea. Vuelve a su casa y confecciona un sobre que tiene el mismo aspecto que aquel donde se oculta la carta robada. Valiéndose de una estratagema, entra en pleno día en el despacho y ante la mirada del ministro, confundido por un alboroto en la calle que el propio Dupin promueve, coloca la carta en un sobre puesto al revés que ha copiado minuciosamente, según lo que pudo ver en su primera visita, se apodera de ella, sustituye el sobre por el nuevo sobre que él mismo ha confeccionado, doblado de la misma manera y sale tranquilamente del despacho del ministro. Entrega la carta al jefe de policía que, a su vez, la devuelve a la reina a cambio de una sustanciosa suma de dinero. La topología “científica” del jefe de la policía no podía percatarse de la topología subjetiva del ministro. Eran dos topologías incompatibles.

He evocado muy sucintamente la trama del cuento para mostrar la analogía con el localizacionismo de las imágenes de la resonancia magnética del cerebro: recorrer la superficie y las oquedades del cerebro, perderse en sus circunvoluciones, mapear, encontrar todas las conexiones entre los cables pensando que allí tiene que estar la carta es un ejemplo exquisito por ser análogo a la pesquisa policial. ¿No lo anticipaba Freud cuando, al final de su vida (1938) resumió la vanidad del afán localizador en el cerebro al escribir?

“El psicoanálisis establece una premisa fundamental cuyo examen queda reservado al pensar filosófico y cuya justificación reside en sus resultados. De lo que llamamos nuestra psique (vida anímica), nos son consabidos dos términos: en primer lugar, el órgano corporal y escenario de ella, el encéfalo (sistema nervioso) y, por otra parte, nuestros actos de conciencia que son dados inmediatamente y que ninguna descripción nos podría transmitir. No nos es consabido, en cambio, lo que haya en medio; no nos es dada una relación directa entre ambos puntos terminales de nuestro saber. Si ella existiera, a lo sumo brindaría una localización precisa de los procesos de conciencia, sin contribuir en nada a su inteligencia”. O.C. vol. XXIII, p. 143)

Me permito remachar el decir de Freud contándoles otro cuento, uno personal e imaginario, aunque no tan polifacético como el de Poe. En su oportunidad lo inventé a modo de homenaje a un gran amigo, el neurofisiólogo y escritor José Luis Díaz, miembro de nuestra Academia de la Lengua, Les cuento mi ficción: voy al cine — cosa que me gusta mucho y es en mí una fuerte adicción— y quiero entender esa película que ha producido efectos intelectuales y afectivos en mí como sujeto espectador. Le pregunto por esos efectos “psicológicos” a un experto que pasa por ahí y me dice: “– Vea; la película depende del equipo de proyección y de la pantalla donde usted la ve. Le voy a explicar”. Él habla y yo escucho con atención. Su discurso de sabio es preciso y fascinante: me cuenta cómo era en los tiempos del celuloide y cómo se pasó de lo analógico a lo digital, de la intensidad de la luz para que el rayo se proyecte, de los pixeles que determinan la precisión de las imágenes, de los decibeles de la música, de los progresos en los equipos de sonido, de la posibilidad actual de ver las secuencias en tercera dimensión y de los lentes que hacen falta para que se produzca ese efecto aunque pronto ya no serán necesarios por el avance de las técnicas de la filmación. “¡Fantástico!”, exclamo. “Ya entendí la película porque sin esos aparatos y sin esa pantalla no vería nada y no sabría ni siquiera que hay película y que estoy en el cine… Pero, disculpe, hay algo que todavía se me escapa. La película ¿de qué trata, ¿cuál es el guión, ¿quiénes son los personajes, por qué me deja tan emocionado o me decepciona y tengo la sensación de haber perdido el tiempo viendo un churro banal? Comprendo que puedo aprender cada día más sobre los equipos, la fuente de energía de donde procede la luz, los problemas que puede haber si baja el voltaje, si cae aceite o alquitrán en la máquina, las nuevas patentes que se han registrado para tener mejores reproducciones cada día pero… ¿podría decirme usted algo acerca de la historia, del tiempo al que me hace regresar o progresar en el presente o en el futuro según sea una película de época o de ciencia ficción o cómo me informa de lo que pasa en Turquía o en Veracruz, de porqué la continuidad o los saltos en el tiempo del relato, de los estados de ánimo que inducen en mí los efectos de luz y sombra que mi retina percibe?” El técnico me responde: “Sí; claro. Cuando usted ve el filme, eso que antes era una “cinta” y ahora es un devedé o incluso una serie que se pasa por streaming y sin siquiera tener que ir a la sala de cine, se activan – la resonancia magnética lo ha probado – áreas de su corteza frontal que es necesario poner en funcionamiento para que tenga pensamientos. Es así como entran a tallar áreas subcorticales en el hipocampo para que usted pueda tener un registro de las emociones: si se angustia es aquí (me marca con un puntero una zona del interior del cráneo), si se excita sexualmente es allí (otra), si se alegra, se ve en el flashing de esta otra parte, si se espanta usted cierra los ojos con estos movimientos palpebrales. ¡Ah! si pudiera usted saber qué complejo es lo que pasa en su cerebro mientras ve la película! ¡Años vamos a tardar en entender cómo se producen, se liberan, se reabsorben los neurotransmisores en las sinapsis y cómo está determinado genéticamente el mecanismo de su producción y por qué procesos físicoquímicos usted goza más de películas de acción y de terror que de filmes románticos!” El técnico me ha explicado cuanto se sabe sobre el funcionamiento del proyector y también ha indicado lo que aun no se sabe pero se podrá llegar a comprender sobre lo que sucede en el espacio mensurable, cuadriculable, calculable, de los nanomilímetros que hay entre las sinapsis y en los metros que hay entre mi ojo y la pantalla. Supongamos que ya entendí todo lo sabido y lo que queda por saber sobre estos procesos. ¿Pero, la película? ¿Qué busco en el cine cuando compro el boleto? ¿He aprendido algo acerca de mí como sujeto, acerca de la industria del cine, acerca de los procesos creativos de los cerebros del director, de los actores, del escritor, el músico, el fotógrafo, lo que podré conversar con otras personas que fueron en otros días a otras funciones y lo que pudo gustar o no de ella a los críticos enterados no tanto del mecanismo físico de la proyección de imágenes sino de la proyección imaginaria en la persona de un espectador como yo, sumergido en el espectáculo? Acabaré llegando a la conclusión de que entre el proyector y la película hay una “brecha explicativa”, como dice mi amigo José Luis Díaz, una brecha que no seré capaz de cerrar por más que me empeñe. Una brecha entre la neurociencia y la psicología, signifique lo que signifique esta palabra que da nombre a nuestras “facultades”, guardémosla en el freezer para que signifique “lo que ustedes quieran”.

Me permitiré proponerles otro ejemplo prestigioso y también publicado en fecha reciente. Un famoso físico italiano, profesor en universidades francesas, ha dedicado su vida a investigar desde su ciencia y sin renunciar a la filosofía, el misterio del tiempo. Su libro más conocido, publicado en español por Anagrama (2018) se llama El orden del tiempo. Es profundo en cuanto a la física, está bellamente escrito; es un best-seller mundial. (Yo hubiera preferido un título que le sería más adecuado: El desorden de los tiempos) pero, como es su libro, tiene derecho a llamarlo como le dé su regalada gana. Carlo Rovelli, el autor, tiene amplias inquietudes y no se limita a exponer los aspectos físicos y cuánticos del tiempo. Incurre en otras áreas; alude a un ejemplo ilustre. Ustedes saben que la novela, quizás la más extensa y más compleja del siglo XX. es A la busca del tiempo perdido, una obra que dejó casi terminada Marcel Proust al morir en 1922. Pues bien, nuestro físico–filósofo ítalofrancés, anota (p. 139) “A lo largo de las 3000 páginas la novela no relata eventos del mundo: relata lo que hay dentro de una sola memoria. Desde el aroma de la magdalena hasta la última palabra (“tiempo”), la obra no es más que un detallado y desordenado paseo por las sinapsis del cerebro de Marcel”.

Es el sueño del reduccionismo: la novela se reduce a un paseo por las sinapsis: lo que Proust escribió, lo que nosotros leemos, el efecto en la historia de la literatura, las emociones y los comentarios y los sorprendentes personajes que el autor describe de una manera inigualable, todo eso, “no es más que” un paseo por las sinapsis. Desordenado, eso sí. Tal vez, de no estar tan obsesionado por acabar su obra, Proust hubiera puesto “orden” en los embrollos de su conectoma. Tendremos que volver sobre este tema del tiempo, del tiempo de la subjetividad que no es el de los relojes.

Sigo dando vueltas pero no en redondo sino en espiral en torno al nuevo e indispensable libro por escribir del cual hoy les transmito apenas el proyecto: Ps:IyC 2020. Indispensable es en este año ¿Porqué? Porque recordamos las primeras palabras que escribió Marie Langer cuando lo leyó, al comenzar el año 1975: “Este libro nos hacía falta”. Tenemos que volver, por de pronto, a la falla original que ya adelanté: la inadecuada insistencia en una oposición epistemológica de la ciencia y la ideología. Inadecuada y equivocada, engañosa. Misleading, diría, si me permiten colar en este discurso una exacta e intraducible palabra foránea. Si no me lo permiten …, lo siento, ya es tarde; ya la escribí. Así opera el sujeto del inconsciente, según veremos. No puede borrar su palabra una vez que ha sido oída. Es irreversible. “Ni modo”; no way out or back.

Había en ese entonces, para nosotros, dos campos radicalmente opuestos y excluyentes: uno de algo que era bueno y loable, la ciencia, con sus objetos formales y abstractos, productos de rupturas epistemológicas (Bachelard) a la que pretendíamos adscribirnos, cuyos modelos eran el psicoanálisis y el materialismo histórico y otra cosa, totalmente desdeñable cuando no abominable, una deformación del pensamiento al servicio de inconfesables intereses que era la “ideología”, una serie de nociones bastardas destinadas a distorsionar la realidad y ocultar a los sujetos la verdad, esa verdad tan escondida y tan a la vista como la carta robada, que era el sistema capitalista de explotación del trabajo y la consiguiente alienación mental. Los sujetos, sujetados por la ideología, por la asignación anónima de lugares entre las clases en lucha, desconocían la realidad de sus condiciones verdaderas de existencia y los fundamentos inconscientes procedentes de la primera infancia que habían sido “reprimidos”. Reconocían una “realidad” pero desconocían el mecanismo de su alienación y de la percepción distorsionada que tenían de la misma, la que llevaban consigo a modo de una sombra. Creían lo que les habían inculcado que tenían que creer; eran las víctimas de una ceguera impuesta.

Nuestras bases para la crítica, presumida y presuntuosamente “científicas”, eran dos: el psicoanálisis freudiano y el materialismo histórico en su versión estructuralista, estableciendo una división entre: a) una infraestructura económica, determinante en última instancia, y dos superestructuras subsidiarias: b) la ideológica y c) la jurídico-política. Entre ellas, y tal era la consigna fundamental de los cuatro cosignatarios de la obra, destacaba la postura de Michel Tort sobre el psicoanálisis como la “ciencia regional” capaz del abordaje de b) la superestructura ideológica; la base, por supuesto, era a) la infraestructura económica. Ahora corresponde que nos preguntemos: ese psicoanálisis y ese marxismo que eran nuestro arsenal para el ataque doctrinario a la psicología académica, ¿siguen vigentes o también han cambiado?

La respuesta es obvia: ese paisaje ideológico defendiendo la cientificidad del psicoanálisis y el materialismo histórico también ha perimido por las mismas razones y por los mismos procesos que han cambiado radicalmente al mundo económico-político en los últimos 45 años. ¿Fue inútil el combate que libramos en aquellos tiempos? Absolutamente no; la psicología enseñada en toda Latinoamérica, desde Chile y Argentina hasta México, fue sacudida por la enseñanza de estos cuatro psicoanalistas cordobeses anclados en México desde el día mismo en que pusieron punto final a su libro. Nuestras propuestas programáticas eran equivocadas pero la crítica que hacíamos era correcta y estimo que en lo esencial sigue siéndolo.

No éramos originales ni puramente althusserianos en esa oposición de ciencia e ideología. Freud no renunció nunca a la idea de que el psicoanálisis era una ciencia, más aún, una “ciencia natural” (“¿qué otra cosa podría ser?” – decía) No solo él se consideraba científico, sino que adhería a lo que hoy consideramos una ideología: el cientificismo. Para él se trataba de la oposición entre dos visiones del mundo: la científica y la religiosa; no dudaba de la adscripción del psicoanálisis a la primera y tampoco dudaba de que al final, la ciencia, ofreciendo ventajas materiales y no promesas milagrosas, acabaría por disolver en un pasado mítico a las concepciones religiosas destinadas a extinguirse. Confiaba también en que, con el correr del tiempo, se podrían desarrollar nuevos compuestos químicos que incidirían sobre las cantidades y la distribución de la energía libidinal de los sujetos afectados por perturbaciones y síntomas de la vida mental. Sabía que, de momento, la única técnica en la que podía confiar era la desarrollada por él, el psicoanálisis que permitía adentrarse, con el recurso de la palabra, en el inconsciente del “paciente” y sacar a la luz las memorias reprimidas de la infancia de esos tiempos en los que el sujeto se había originado; entre tales recuerdos traumáticos era fundamental el descubrimiento de los momentos olvidados de la vida sexual en donde actuaban, de modo decisivo, las figuras de la madre y del padre. Había que permitir al sujeto que se revelase o que admitiese que el psicoanalista le revelase, por medio de la interpretación y de oportunas “construcciones”, el sentido de esos complejos fundamentales que eran el de Edipo y el de castración.